

James T. O'Connor

EL HIJO DEL PADRE

didaskalos

93



JAMES T. O'CONNOR

EL HIJO DEL PADRE

Traducido del original inglés por
Pablo Cervera Barranco



Imagen de cubierta: Escultura de madera de Cristo en el interior de la Catedral de Cuenca.

Primera edición: julio 2025

Autor: O'Connor, James T.
Copyright©1984 O'Connor, James T.

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-6089-2025
ISBN: 978-84-19431-59-2

Maquetación: Juan Carlos Adame
Impresión y encuadernación
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Índice

	<i>Págs.</i>
PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN	
LAS FUENTES Y LA COMPRESIÓN DE LO QUE NOS DICEN	13
1. Fuentes no cristianas de información sobre Jesús.....	14
2. Fuentes cristianas de información sobre Jesús	16
I. EVIDENCIA EXTERNA PARA LA DATACIÓN Y AUTORÍA DE LOS EVANGELIOS.....	17
II. EVIDENCIA INTERNA PARA LA DATACIÓN Y AUTORÍA DE LOS EVANGELIOS	21
III. LA EVIDENCIA INTERNA Y LA INTERRELACIÓN DE LOS EVAN- GELIOS	31
IV. EL PAPEL DE LA IGLESIA EN LA COMPRESIÓN DE LAS FUENTES	41
A. La Iglesia como evidencia externa	41
B. La Iglesia como intérprete autorizada	45
V. CONCEPTOS TEOLÓGICOS Y LENGUAJE.....	64
PRIMERA PARTE	
La Encarnación	
CAP. I: ORÍGENES	75
A. Lugar de nacimiento	79
B. Cronología	82
C. Forma de concepción.....	84
CAP. II: PREEXISTENCIA.....	91
1. Preexistencia en Pablo.....	94
2. Preexistencia en Juan	98
3. Preexistencia en los sinópticos	101

	<i>Págs.</i>
CAP. III: TRADICIÓN Y MAGISTERIO SOBRE LA PREEXISTENCIA	105
1. Ignacio de Antioquía.....	105
2. Nicea	112
3. Éfeso	115
4. Calcedonia.....	121
CAP. IV: DIOS SE HACE HOMBRE	133
1. María y José.....	142
CAP. V: EL CONOCIMIENTO HUMANO DE JESÚS.....	151
1. La respuesta de la teología tradicional.....	152
2. Tendencias actuales	157
3. Enseñanza magisterial.....	159
4. Crítica de las tendencias actuales	165
SEGUNDA PARTE	
El Ministerio	
INTRODUCCIÓN	187
CAP. I: EL REINO DEL PADRE	193
1. Los llamados.....	200
2. La venida del Reino	205
CAP. II: LA LUCHA POR EL REINO	219
CAP. III: EL CAMINO DEL PADRE	239
CAP. IV: LA IGLESIA Y LOS SACRAMENTOS.....	265
CAP. V: JESÚS REVELADO	277
TERCERA PARTE	
El Triduo Pascual	
CAP. I: EL PROPÓSITO DE SU VENIDA	303
CAP. II: LAS PREDICCIONES DE LA PASIÓN Y LA RESURRECCIÓN..	309
CAP. III: JESÚS INTERPRETA SU MUERTE	319
1. Antecedentes	319

	<i>Págs.</i>
2. Los dichos	324
3. La Eucaristía.....	329
CAP. IV: UNO DE LA TRINIDAD MURIÓ EN LA CRUZ:	
DIOS HA REINADO DESDE UN ÁRBOL	339
1. El Dios sufriente	339
2. La expiación	349
CAP. V: EL DESCENSO A LOS INFIERNOS.....	367
CAP. VI: LA RESURRECCIÓN	373
Solución propuesta A.....	377
Solución propuesta B	379
1. La tumba	390
2. Las apariciones	394
CAP. VII: LA ASCENSIÓN	401
CAP. VIII: JESUCRISTO ES EL SEÑOR.....	405
CAP. IX: EL ESPÍRITU	413
1. Él habló por medio de los profetas	413
2. Señor y Dador de Vida	416
3. Concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen María.....	420
ABREVIATURAS DE USO FRECUENTE	423
BIBLIOGRAFÍA	425
APÉNDICE: LOS CREDOS	
EL <i>QUICUMQUE</i> O Credo ATANASIANO.....	437
<i>FIRMITER</i> : IV CONCLIO DE LETRÁN (1215)	443
PABLO VI: Credo DEL PUEBLO DE DIOS	449

Prefacio

El Hijo del Padre ha sido escrito principalmente como un libro de texto, que esperamos sea de utilidad no sólo para los seminaristas y estudiantes universitarios, sino para cualquiera que se dedique al estudio de la cristología, el misterio revelado de Jesús de Nazaret, el eterno Hijo de Dios hecho hombre para nuestra salvación. El libro es el resultado de una necesidad que yo mismo he experimentado como profesor de cristología en el seminario durante estos últimos diez años. Estos años han sido testigos de la publicación de un gran número de libros sobre Jesús, muchos de ellos controvertidos y algunos de ellos claramente en desacuerdo con lo que las Escrituras, la Tradición y la Iglesia enseñan y siempre han enseñado sobre el Verbo Encarnado. Muchos de ellos, también, han sido estudios detallados sobre el desarrollo histórico de la doctrina cristiana sobre Jesús y sobre las diversas «teologías» de los autores del Nuevo Testamento. Cada vez con más frecuencia, estos libros se han convertido en

«estudios sobre estudios», mientras que Jesús mismo ha retrocedido, convirtiéndose en una figura casi incognoscible, inalcanzable en su inmediatez histórica, y oculta detrás de las teologías reales o imaginarias sobre Él. La verdad y la exactitud histórica de los cuatro Evangelios han sido puestas en duda e incluso rechazadas, minuciosamente estudiadas y sometidas a ciertas formas de análisis crítico que a menudo se basan en hipótesis sin fundamento. Como resultado, la revelación de Dios de sí mismo en hechos y palabras a través de las Escrituras y la Tradición es una verdad ahora socavada para muchos por la supuesta inexactitud histórica de la Biblia, y de los Evangelios en particular.

No puede, en la actualidad, haber un retorno a una fe ingenua, ni se pueden ignorar los muchos problemas planteados por la exégesis bíblica moderna y los estudios en el desarrollo de la doctrina cristológica. He tratado de tener en cuenta estos acontecimientos a lo largo del texto, pero especialmente en las notas a pie de página. Como resultado, el libro no es ni tan simple ni tan claro como me gustaría que fuera. A veces se presume que el lector ya conoce demasiada información, una presunción que sólo podría rectificarse con un libro mucho más largo. Hay momentos, también, en que mis propias conclusiones se presentan de una manera demasiado tentativa. Tal tentativa es, en parte, una reacción personal a la tendencia actual de algunos a presentar hipótesis populares como ciertas, cuando en realidad no hay evidencia real que corrobore tales pretendidas certezas. Nuestras certezas sobre Jesús de Nazaret provienen de la revelación divina, dada a nosotros en la Escritura y en la Tradición, tal como son interpretadas por la Iglesia. Estas certezas, sin embargo, están respaldadas por la fiabilidad histórica de los Evan-

gelios, una fiabilidad que puede demostrarse con una aplicación razonable de los métodos comunes a la investigación histórica. Como he señalado en alguna parte del texto, no deben confundirse las diversas certezas. La certeza histórica depende, por su naturaleza, a menudo de una conjunción de probabilidades y de pruebas que pueden ser interpretadas de diversas maneras. La certeza sobre la revelación, tal como la enseña la Iglesia, descansa en el don divino de la fe. Lo primero es a menudo tentativo; esto último nunca lo es.

Ningún libro de cristología —y mucho menos éste— puede decir todo lo que debe decirse sobre el Señor. Ni siquiera los evangelios pueden hacer eso, pero es a ellos a quienes uno debe dirigirse constantemente si quiere leer algo que realmente valga la pena sobre Jesús. Nuestra época corre el peligro de sustituirlos por comentarios y textos. Solo puedo esperar que lo que está escrito aquí lleve al lector a las Escrituras. En la medida en que este libro logre su propósito, el crédito se debe a muchas personas, entre las que destacan el P. John Hardon, S.J., y Mons. George Kelly, cuya ayuda ha sido inestimable; Sor Loretta Josepha Conran, S.C. quien leyó y corrigió el manuscrito original; mi hermana, la Sra. Robert Creeden y la Sra. Joan McKee, que mecanografiaron el original, y el P. Joseph Donachie de St. James, Milton, Nueva York, cuya hospitalidad hizo posible los comienzos del libro.

Dedico este libro a mi madre y a mi padre, quienes me enseñaron por primera vez sobre el Hijo del Padre, de palabra y con el ejemplo de una fe viva. Pido perdón en la medida en que yo haya podido confundir con abstracciones y jerga teológica la fe simple y vibrante que ellos transmitieron y otros fortalecieron.

Introducción

LAS FUENTES Y LA COMPRENSIÓN DE LO QUE NOS DICEN

Todo estudio teológico sobre Jesús de Nazaret debe, directa o indirectamente, referirse a su aparición en la Palestina controlada por los romanos durante los reinados de los césares romanos Augusto (31 a.C.-14 d.C.) y Tiberio (14-37 d.C.). Los hechos históricos de la vida y obra de Jesús son la base sobre la cual ha surgido el cristianismo, y la exactitud de estos hechos es, en parte, la garantía de que la cristología no es una fábula ni la elaboración de opiniones piadosas que surgieron en los primeros círculos de los crédulos seguidores de Jesús. Siendo tal el caso, siempre es importante volver a las fuentes primarias de las que el historiador debe extraer su información sobre Jesús. En aras de la comodidad, esas fuentes normalmente se enumeran como 1) No cristianas o profanas y 2) Cristianas.

1. Fuentes no cristianas de información sobre Jesús

Si nos limitamos al período de tiempo anterior al año 125 d.C., las referencias no cristianas a Jesús son las siguientes:

a) Flavio Josefo (37 ca. —100 d.C.). Josefo era judío, nacido en Palestina, donde, según su propio relato, se convirtió en discípulo de los fariseos a la edad de diecinueve años¹. En el año 75 d.C. publicó en Roma su relato de la guerra judeo-romana, en la que participó el propio Josefo y que terminó con la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. Alrededor del año 90-95, Josefo publicó sus *Antigüedades judías*, cubriendo la historia de su pueblo desde la creación hasta el reinado del emperador romano Nerón. El libro XVIII, capítulo 3 de esta obra, contiene el siguiente pasaje:

Ahora bien, por este tiempo estaba Jesús, un hombre sabio, si es lícito llamarlo hombre, porque Él era un hacedor de obras maravillosas, un maestro de tales hombres que reciben la verdad con placer. Atrajo a sí a muchos de los judíos y a muchos de los gentiles. Él era (el) Cristo; y cuando Pilato, por sugerencia de los principales hombres entre nosotros, lo condenó a la cruz, los que lo amaron al principio no lo abandonaron, porque se les apareció vivo de nuevo al tercer día... y la tribu de los cristianos, llamada así por Él, no se ha extinguido hasta hoy².

Este *Testimonium Flavianum* probablemente no puede tomarse al pie de la letra. La mayoría de los eruditos lo aceptan como una versión de lo que Josefo escribió realmente, pero «editado» por los copistas cristianos que conservaron las copias de

¹ *The works of Flavius Josephus* (William Whiston, trad.), *Life*, (2), vol. II, 5.

² *Ídem.*, vol. IV, 11.

las obras de Josefo³. Los esfuerzos por reconstruir los comentarios originales de Josefo no han encontrado un acuerdo general.

b) Plinio el Joven (61-62 hasta ca. 114 d.C.). Este gobernador romano del actual noroeste de Turquía (entonces Bitinia) de 111 a 113 nos ha dejado, en la *Carta* 96 al emperador Trajano, una referencia a los cristianos como practicantes de una «superstición perversa» que «cantan himnos a Cristo como a un dios», y Plinio pregunta al emperador qué se debe hacer con ellos.

c) Tácito (56-c. 117 d.C.), historiador romano, publicó poco antes de su muerte *Los Anales de la Roma Imperial*. Al escribir sobre el incendio de Roma durante el reinado de Nerón (gobierno entre 54-68), Tácito afirmó:

... Ni los recursos humanos, ni la munificencia imperial, ni el apiguamiento de los dioses, eliminaron las siniestras sospechas de que el incendio había sido instigado. Para suprimir este rumor, Nerón fabricó chivos expiatorios y castigó con todo refinamiento a los cristianos notoriamente depravados (como se les llamaba popularmente). Su creador, Cristo, había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el gobernador de Judea, Poncio Pilato. Pero a pesar de este revés temporal, la superstición mortal había estallado de nuevo, no sólo en Judea (donde comenzó la maldad), sino incluso en Roma. Todas las prácticas degradantes y vergonzosas se acumulan y florecen en la capital⁴.

³ Una evaluación reciente del *Testimonium Flavianum* por parte de un historiador judío se puede encontrar en AVI-BARAS, *History of the jewish people*, vol. 8, Apéndice, pp. 303-313. Cf. C. K. BARRETT, *The New Testament background: selected documents*, pp. 197-199.

⁴ TÁCITO, *The annals of imperial Rome* (Michael Grant, trad.) (Penguin Books, Londres 1981) 365.

d) Cayo Suetonio Tranquilo (60 ca. —140 d.C.). Al escribir sobre el reinado del emperador Claudio (que gobernó entre los años 41 y 54 d.C.), Suetonio señaló:

Debido a que los judíos en Roma causaron continuos disturbios por instigación de Chrestus, él (Claudio) los expulsó de la ciudad⁵.

Tanto Tácito como Suetonio escriben mal el nombre de Cristo, refiriéndose a él como *Chrestos*, pero ningún historiador duda de que se refieren a Jesús.

2. Fuentes cristianas de información sobre Jesús

Aparte de los libros del Nuevo Testamento, las fuentes cristianas más antiguas para un estudio de Jesús son la carta de Clemente de Roma a los cristianos de Corinto (95-96 d.C.), las cartas de Ignacio de Antioquía (107-110 d.C.) y, quizás, algunos de los evangelios fragmentarios no canónicos⁶. Sin embargo, con toda probabilidad, los cuatro evangelios canónicos son anteriores a todos o a la mayoría de estos escritos y, por lo tanto, siguen siendo nuestros principales testigos escritos de la vida y obra de Jesús. La evidencia que tenemos de la autoría y el tiempo de escritura de los evangelios debe ser recogida de la evidencia externa e interna.

⁵ Suetonio, *The twelve Caesars* (Robert Graves, trad.) (Penguin Books, Londres 1970) 197.

⁶ Una colección de dichos textos se puede encontrar en *The other Gospels* (Ron Cameron, editor). Desafortunadamente, la información precisa sobre la autoría, la datación y el origen de estos textos es en gran parte conjetura.

I. EVIDENCIA EXTERNA PARA LA DATACIÓN Y AUTORÍA DE LOS EVANGELIOS

En la carta de Clemente a Corinto, escrita alrededor del año 96 d.C., hay dos citas de los dichos de Jesús (*Clemente*, 13, 2-3 y 46, 8) que se encuentran en los evangelios de Mateo y Lucas, aunque el griego de Clemente está más cerca de Lucas que de Mateo, pero no es idéntico. No se puede determinar si Clemente está citando libremente el texto canónico o si está trabajando a partir de una colección no canónica de los dichos de Jesús. Sin embargo, *Clemente* 2,1 y 59,2 parecerían ser referencias a Hch 20,35 y 26,18 respectivamente. Si bien la evidencia es demasiado escasa para ser concluyente, hay al menos alguna indicación de que el evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles eran conocidos en Roma hacia el año 96 d.C.

Las cartas de Ignacio de Antioquía se refieren en varias ocasiones a materias que sólo se encuentran en el evangelio de Mateo. La observación de que «un árbol es conocido por sus frutos» en la carta a los Efesios 14,2 es idéntica al griego de Mt 12,33, excepto por el verbo (Ignacio tiene *phaneron*; Mateo tiene *ginosetai*). La misma carta (19,2) tiene una referencia a la estrella de Belén, un incidente que se encuentra solo en Mt 2 de los evangelios canónicos. La *Carta de Ignacio a los Magnesios* 9,2 refleja Mt 27,52; la *Epístola a Policarpo* 2,2 parece ser una cita de Mt 10,16; la *Carta a Esmirna* 6,2 cita Mt 19,12. En las cartas de Ignacio se encuentran también varias posibles referencias al evangelio de Lucas, a los Hechos de los Apóstoles y al evangelio de Juan (cf., especialmente, *Filadelfia* 2 y 7).

La primera referencia al evangelio de Marcos se encuentra probablemente en la *Carta de san Policarpo a los Filipenses* (5,2), junto con referencias o citas de los otros tres evangelios y de los Hechos de los Apóstoles. Algunos fecharían la carta de Policarpo alrededor del año 110, poco después de su visita a Ignacio de Antioquía, pero esta fecha es discutida por la evidencia interna. Seguramente debe fecharse antes del año 155.

La evidencia ofrecida por la *Didaché* es consistente con lo que ya ha sido citado. No hay una referencia clara a Juan ni a Marcos, pero Mateo y Lucas son ampliamente citados. La datación de la *Didaché* es discutida, ya que oscila entre el 40 y el 150 d.C., aunque algunas partes de ella, al menos, son bastante más antiguas que la fecha posterior.

Un testimonio temprano de la existencia de los evangelios según Mateo y Marcos se encuentra en los extractos de una obra de Papías de Hierápolis, conservada en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio (c. 325 d.C.). Papías escribió que había aprendido del «Presbítero Juan» que Marcos compuso un evangelio basado en la predicación de Pedro, y que Mateo había recogido los dichos (*logia*) de Jesús en lengua hebrea⁷. Según todas las evidencias que poseemos, Papías fue contemporáneo de Ignacio de Antioquía, Clemente de Roma y Policarpo de Esmirna. Escribió sus observaciones sobre Marcos y Mateo en una fecha indeterminada entre los años 100 y 135 d.C. San Ireneo, escribiendo alrededor del año 190, afirmó que Papías había oído a Juan el Apóstol-Evangelista (cf. *Adversus Haereses*, V,33); Eusebio negó esto más tarde, alegando que el presbítero Juan mencionado por

⁷ EUSEBIO, *Historia eclesiástica*, lib. III, cap. 39.

Papías era una persona distinta de Juan el apóstol. La diferencia de opinión sigue sin resolverse hasta nuestros días⁸. Igualmente se discute si la referencia de Papías a los dichos del Señor recogidos por Mateo constituyó un evangelio.

San Ireneo de Lyon, escribiendo sus *Adversus Haereses* alrededor del año 190, dijo lo siguiente acerca de los evangelios.

Mateo publicó un evangelio entre los hebreos en su propio idioma, mientras Pedro y Pablo predicaban en Roma y establecían la Iglesia. Cuando murieron, Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, también nos transmitió por escrito lo que Pedro había predicado. Además, Lucas, el discípulo de Pablo, escribió en un libro el evangelio tal como Pablo lo predicó. Más tarde, Juan publicó un evangelio mientras vivía en Éfeso, en Asia⁹.

Se desconoce la fuente o fuentes de la información de Ireneo. Sabemos por su propio testimonio que, cuando era joven, había escuchado a Policarpo, quien, según Ireneo, había conocido al apóstol Juan y a otros que habían conocido al Señor¹⁰. Sabemos, también, que Ireneo estaba familiarizado con los escritos de Papías, el contemporáneo de Policarpo. Es de Ireneo de donde obtenemos el orden tradicional de los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. Menciona claramente a Mateo como el primero escrito y a Juan como el último. La relación cronológica

⁸ Cf. J. QUASTEN, *Patrology*, vol. I, pp. 82ss.; R. GUNDRY, *Matthew*, pp. 609ss., ha reexaminado recientemente la datación, el valor y el significado del testimonio de Papías. Su argumento a favor de una datación anterior al año 110 d.C. es fuerte; sus otras conclusiones son problemáticas.

⁹ IRENEO, *Adversus haereses*, lib. III, cap. 1.

¹⁰ IRENEO, *Carta a Florino*, citada en EUSEBIO, *Historia eclesiástica*, lib. 5, cap. 20.

entre Marcos y Lucas es imprecisa, aunque Ireneo parece indicar que Marcos precedió a Lucas. Esta indicación pronto fue contradicha por Clemente de Alejandría, quien, escribiendo entre 190-210, declaró rotundamente que los «evangelios que contienen las genealogías fueron los primeros escritos»¹¹. Clemente cita a los «presbíteros más antiguos» como su fuente para esta información.

Para resumir la evidencia externa sobre la datación y la autoría hasta finales del siglo II:

1) Apoya lo que hoy es una conclusión universalmente aceptada, a saber, que los cuatro evangelios canónicos existían alrededor del año 100 d.C.

2) La atribución de la autoría de los cuatro evangelios se encuentra, para Mateo y Marcos, hacia 110-130 en Papías, y para los cuatro evangelios hacia finales de siglo en Ireneo, Clemente y Taciano, etc. En ese momento, el Mateo al que se hace referencia es nuestro evangelio actual en lengua griega, no los dichos hebreos de Papías.

3) Las citas o referencias a temas que se encuentran solo en el evangelio de Marcos son posteriores y menos frecuentes que las referencias que comparte con los otros tres evangelios.

4) Ireneo y Clemente de Alejandría, y tal vez Papías, indican que Mateo fue el primer evangelio escrito y Juan el último. Hay desacuerdo sobre el orden de Marcos y Lucas.

La evidencia externa adolece de limitaciones. Las fechas del escrito de Clemente a Corinto y de las siete cartas de Ignacio, aunque no se discuten seriamente, siguen siendo imprecisas. Las fechas de Policarpo y Papías son ciertas sólo dentro de un período

¹¹ Citado por EUSEBIO, *Historia eclesiástica*, libro VI, cap. 14.

do de treinta años. Además, las fuentes de la información dada por Papías, Ireneo y Clemente de Alejandría no son directamente accesibles, y son muy discutidas. Sin embargo, algunas de sus fuentes más probables fueron discípulos inmediatos y oyentes de los mismos Apóstoles. Papías afirma que esto es así; Ireneo lo insinúa a través de su vínculo con el apóstol Juan que le llegó de Policarpo. De hecho, la fuente principal de Papías, para lo que dice acerca de los evangelios, puede haber sido el mismo apóstol Juan.

II. EVIDENCIA INTERNA PARA LA DATACIÓN Y AUTORÍA DE LOS EVANGELIOS

La evidencia externa de la datación y autoría tiene poco peso entre muchos exégetas modernos del Nuevo Testamento. Un estudio reciente del evangelio de Mateo hace caso omiso de la evidencia externa como «nada más que conjeturas del siglo II»¹². Lo que sustituye a estas conjeturas es, lamentablemente, poco más que conjeturas del siglo xx, supuestamente extraídas de indicaciones contenidas en los evangelios mismos.

En todo caso, la evidencia interna es una herramienta importante para las ciencias literarias e históricas. El estilo de un autor, su uso del idioma, los elementos que subraya o minimiza, su familiaridad con el medio que está describiendo, su uso de fuentes (si las hay), la naturaleza de su audiencia (si se puede discernir), las comparaciones hechas con otras obras que ha producido o con otra literatura del mismo período, etc., todos estos y muchos más son factores que deben ser utilizados por el

¹² F. W. BEARE, *The Gospel according to Matthew*, p. 7.

analista o historiador literario. Si se usan bien, tienen un valor incalculable. Muchos fraudes documentales han sido desenmascarados por un uso crítico del argumento a partir de la evidencia interna.

Por otro lado, tal argumentación a partir de la evidencia interna es notoriamente susceptible de manipulación y error. En manos de algunos, la «evidencia» interna se convierte en una mera herramienta para apuntalar una tesis sostenida sobre bases distintas a la probatoria. La evidencia real hace malabarismos para que «lo que realmente debe haber significado» reemplace al hecho probatorio mismo. Charles Dickens nos ha dado un uso satírico de tal argumentación cuando se propuso «demostrar» que el gran antihéroe de la literatura e historia inglesas, Guy Fawkes, era en realidad un miembro de la familia Chuzzlewit.

Al cabo de pocos años, un miembro muy respetable y en todos los sentidos creíble e intachable de la familia Chuzzlewit (pues su más acérrimo enemigo nunca se atrevió a insinuar que era otra cosa que un hombre rico) tenía una linterna oscura de indudable antigüedad, que se hacía aún más interesante por ser, en forma y diseño, muy parecida a las que se usan en la actualidad. Ahora bien, este caballero, ya fallecido, estaba en todo momento dispuesto a prestar juramento, y exponía una y otra vez en su solemne aseveración, que había oído decir con frecuencia a su abuela, al contemplar esta venerable reliquia: «¡Sí, sí! Esto fue llevado por mi cuarto hijo el cinco de noviembre, cuando era un Guy Fawkes». Estas notables palabras causaron (como bien podían) una fuerte impresión en su mente, y tenía la costumbre de repetir las muy a menudo. La justa interpretación que llevan, y la conclusión a la que conducen, son triunfantes e irresistibles. La anciana, naturalmente fuerte, era, sin embargo,

frágil y descolorida; estaba notablemente sometida a esa confusión de ideas o, por decir lo menos, de habla, a la que están expuestas la edad y la charlatanería. La ligera, muy leve, confusión aparente en estas expresiones es manifiesta, y es ridículamente fácil de corregir. «¡Sí, sí!», dijo ella, y se observará que no es necesario hacer enmienda alguna en estas dos observaciones de la iniciativa. —¡Sí, sí! Esta linterna fue llevada por mi antepasado —no por mi cuarto hijo, lo cual es absurdo— el cinco de noviembre. Y él era Guy Fawkes. Aquí tenemos una observación a la vez coherente, clara, natural y en estricta conformidad con el carácter del orador. De hecho, la anécdota es tan claramente susceptible de este significado, y no de otro, que apenas valdría la pena registrarla en su estado original, si no fuera una prueba de lo que puede efectuarse (y muy a menudo se efectúa) no sólo en la prosa histórica, sino también en la poesía imaginativa, mediante el ejercicio de un poco de trabajo ingenioso por parte de un comentarista¹³.

Dado que la abuela ya había muerto y no podía ser consultada directamente, la declaración, recordada y comunicada por la segunda generación después de ella, se reformula para que sea coherente con lo que ella *debe* haber querido decir, es decir, con lo que el autor cree que *debería* haber dicho. El ejemplo de Dickens es tan poco erudito evidentemente que resulta gracioso, y así lo pretende. Pero, como en gran parte de su caricatura, no está muy lejos de la realidad de la que se burla. Testigo de lo que la crítica literaria le ha hecho a veces a Shakespeare. Trabajando a partir de la «evidencia» interna en sus obras y sonetos, y de una pobreza de evidencia con respecto a la vida de Shakespeare, se ha

¹³ C. DICKENS, *Martin Chuzzlewit* (Penguin Edition, Londres 1982) 53.

demostrado que sus obras fueron escritas por Christopher Marlowe y otros, a pesar de la atribución generalizada de las obras al propio Shakespeare dentro de un siglo y medio de su muerte. Tal «crítica» se considera hoy en día poco sólida y tendenciosa, pero aún así los libros sobre Shakespeare utilizan el argumento de la evidencia interna para confundir las obras anteriores que utilizan la misma forma de argumentación, un ejemplo fascinante de lo cual se puede encontrar en la obra de R. GIROUX, *The Book Known as Q*¹⁴. Se podría escribir un volumen considerable con lo que los críticos han pensado que Jesús de Nazaret (para cuya vida hay evidencia más sustancial que en el caso de William Shakespeare) *debe* haber dicho o querido decir, después de que uno haya «examinado científicamente» lo que la «segunda generación» de cristianos afirmó que Él realmente dijo.

En relación con las dificultades que entraña la argumentación a partir de pruebas internas, el siguiente ejemplo puede resultar informativo. Imagínese esta cita aislada, es decir, sin evidencia externa disponible para situarla o interpretarla.

En la actualidad hay dos grandes naciones en el mundo, que partieron de puntos diferentes, pero que parecen tender hacia el mismo fin. Me refiero a los rusos y a los americanos. Ambos han pasado desapercibidos; y mientras la atención de la humanidad se dirigía a otra parte, de repente se han colocado en la primera fila entre las naciones, y el mundo conoció su existencia y su grandeza casi al mismo tiempo.

Todas las demás naciones parecen haber llegado casi a sus límites naturales, y sólo tienen que mantener su poder; pero estos todavía

¹⁴ R. GIROUX, *The book known as Q: a consideration of Shakespeare sonnets* (Atheneum, Nueva York 1982).

están en proceso de crecimiento. Todas las demás se han detenido, o continúan avanzando con extrema dificultad; sólo ellos avanzan con facilidad y celeridad por un camino al que no se puede oponer ningún límite. El americano lucha contra los obstáculos que la naturaleza le opone; los adversarios de los rusos son hombres. El primero combate la naturaleza salvaje y la vida salvaje; el segundo, la civilización con todas sus nuevas armas. Las conquistas de los americanos se ganan, pues, con la reja del arado; las del ruso por la espada. El angloamericano confía en el interés personal para lograr sus fines y da libre alcance a la fuerza no guiada y al sentido común del pueblo; el ruso concentra toda la autoridad de la sociedad en un solo brazo. El instrumento principal de la primera es la libertad; el de esta última, la servidumbre. Su punto de partida es diferente y sus desarrollos no son los mismos; sin embargo, cada uno de ellos parece marcado por la voluntad del cielo de influir en los destinos de la mitad del globo.

¿Qué se puede decir del autor de este artículo y de su fecha de redacción, utilizando pruebas internas? Para empezar, se puede decir que la pieza refleja la mentalidad de la «Guerra Fría» de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial en las relaciones soviético-estadounidenses. El uso de la palabra «Rusia» no es contraindicativo de esto, ya que, en el lenguaje común, la Unión Soviética continuó llamándose Rusia mucho después de la Revolución Comunista. El tono del autor es anti ruso. Esto se puede ver en las cualidades que atribuye a las dos naciones; libertad a los Estados Unidos; centralismo y servidumbre a la Unión Soviética. Es posible que se dirija a un público rural, ya que el autor no hace hincapié en el poderío industrial de los Estados Unidos, sino en su destreza agrícola, incluso utilizando

El Hijo del Padre es un libro de texto escrito principalmente para seminaristas, estudiantes y estudiosos de la cristología. Nace de la experiencia docente del autor, preocupado por el auge de estudios modernos sobre Jesús que, en muchos casos, distorsionan o cuestionan la enseñanza tradicional de la Iglesia sobre Él. El autor critica cómo algunas obras han relegado a Jesús a una figura lejana, centradas más en teorías y análisis que en el propio Cristo revelado en las Escrituras.

El libro reconoce los desafíos que plantea la exégesis bíblica contemporánea, sin ignorarlos, pero reafirma que las certezas sobre Jesús se basan en la revelación divina, interpretada por la Iglesia, y apoyada por la credibilidad histórica de los Evangelios. También admite que el texto puede ser complejo en partes y que ciertas conclusiones son presentadas con cautela, en contraste con la seguridad con la que otros exponen meras hipótesis.

Finalmente, el autor declara que ningún libro puede decir todo sobre Jesús, y que el objetivo de este texto es llevar al lector de vuelta a las Escrituras. Agradece a quienes lo ayudaron en su creación y dedica la obra a sus padres, quienes le enseñaron la fe con su vida y su palabra.